

Desde que el gobierno legítimo hubo desaparecido dejaron de existir en Mexico los funcionarios públicos: los que hoy existen son simplemente cómplices. Desde entonces, repito, toda forma de justicia ha desaparecido del país: aprehendí á un ladrón y conducido ante un juez: él responderá: ¡—Óómo! me traes aquí cuando el jefe del Estado ha robado quince millones. Enjuiciad al perjurio! él responderá—El Jefe del Estado ha protestado guardar y hacer guardar la Constitución, y ha violado su palabra. El petardista dirá—El Jefe del Estado ha escamoteado al pueblo la libertad de escribir de hablar y de votar.

El falsario observará —El Jefe del Estado ha falsificado el voto público y el sufragio popular. El asesino pedirá ser absuelto. —¡Óómo! el Jefe del Estado ha asesinado en Veracruz, en Sinaloa, en Jalisco, en Guerrero &

..... Y le dejais libre? Y todos, petardistas, falsarios, ladrones y asesinos dirán á los jueces: ¡Y vdes. magistrados, se descubren ante ese hombre lo adulan, reverencian y glorifican por haber robado, violado, falsificado, traicionado y asesinado?

Escusadme, queridos conciudadanos, si me enardezco un poco al hablar de la personalidad de ese Señor, pero aun suenan en mi oído, como repetidas por un fonógrafo, las palabras con que el Sr. Juárez definía al Sr. D. Porfirio:—“Cuando ese hombre no llora, miente: mi paisano miente con la misma facilidad con que otros respiran. Si anuncia una buena intención.....¡cuidaos! Si promete alguna cosa... ¡sospechad! Si jura... ¡temblad!”

El Sr. Díaz ha hecho mas que derribar la tribuna: la ha degradado. A fines de Septiembre de 1878, un Sr. Don Ramón Fernández subió á la tribuna del Senado con la sencilla misión de calumniarme. Que me calumniara no me sorprende, lo que me maravilló es saber que fuese senador y persona ya de influencia.....él un borrachin.....

En 1863 el General Doblado, de paso para San Luis, levantó del suelo de las calles de Guajuato á un médico llamado Ramón Fernández, incorporándolo como facultativo de uno de los cuerpos de infantería. Doblado había hecho una

buena acción el Sr. Fernández, sea por pesadumbres de familia, por herencia ó mala situación, había contraído el hábito de embriagarse hasta el extremo de quedarse tirado en los sitios más públicos de la ciudad. Mal terreno había escogido el Doctor para su culto báquico: las calles de Guanajuato son despeñaderos en los que, resbalan y caen los ciudadanos sobrios, imaginando lo que sucederá con los intemperantes. . . . Una familia Robles, queriéndole hacer un bien á la esposa y niños de Fernández, se empeñó con el Gral Doblado y obtuvo ese puesto de médico militar. Don Ramón no era hombre desposeído de talento: poseía alguno aun que entonces ofuscado por el alcoholismo. Desempeñando ese empleo lo conocí yo en San Luis; se había moderado algo en el abuso de las bebidas espirituosas, pero no lo suficiente para ejercer la profesion. Llevaba en el semblante impresa la marca de su fatal pasión: los ojos abotagados, las mejillas encendidas y la nariz en fuego; su traje, como el de todas las personas víctimas de ese vicio, diabólico armonizaba con la fisonomía: la levita rota y grasienta, la corbata y cuello deshechos

los pantalones deshilachados y los zapatos viejos hasta escáparsele las uñas por los agujeros. El infeliz, la mayor parte de su sueldo, lo invertía en aguardiente, sin cuidar ni de su traje que caía á pedazos, ni de su mujer é hijos, que perecían de hambre en un barrio apartado de San Luis.

En Septiembre de 1863, en una combinación ministerial verificada en esa población, fué encargado por el Sr. Juárez del Ministerio de Justicia, con ese carácter llegaron hasta mi conocimiento, por el comandante militar, gravísimas quejas, formuladas contra el médico del Hospital Militar Dr Ramón Fernández. Eran del tenor siguiente: un día, este señor llegó al Hospital en estado de embriaguez, había cuatro soldados y un sargento enfermos de tifo. Fernández, mandó que les dieran un baño de agua fría y una copa de aguardiente; al otro día todos habían amanecido muertos. . . . Otra vez, á un teniente enfermo de un cólico violento, le recetó algo venenoso en vez de un laxante. . . . Semejante estado de cosas no podía continuar así: era un crimen el tolerarlo por más tiempo. Hablé con el Presidente

á este respecto: el Sr Juárez, inmediatamente mandó llamar á Don Manuel Doblado, exponiéndole los hechos é indicándole que procediera al arresto y enjuiciamiento del culpable. Doblado después de ligeras observaciones prometió hacerlo así; más por la tarde volvió oponiéndose á lo pactado, tanto por évitár el escándalo, como por no atormentar á ya atribulada familia del ébrio Sr. Fernández, aconsejando que sólo se dictara la destitución por la orden del día, alegando la irresponsabilidad de una persona envilecida hasta ese extremo. El Sr. Juárez, intransigente, en materia de justicia, con nuestros colegas, tenía para el Sr. Doblado y para conmigo, profundas deferencias; así es que vacilando entre mi juicio y la opinión de Don Manuel, díjole á éste:

—Tenga Ud la bondad de entenderse con el Sr. Lerdo: lo que Udes arreglen yo lo apruebo.

Cedí: hice más; expuse al Sr. Doblado mi deseo de contribuir mensualmente, de mi propio peculio, para el sostén de la familia del Sr. Fernández; mi colega manifestó idéntico deseo, y cuotizándonos cada uno con la pequeña suma de

cincuenta pesos, aseguramos el porvenir de una familia infortunada.

¡Quince años después, el Sr. Fernández, me dá las gracias, desde la tribuna, llamándome glotón como Heliogábalo, cruel como Tiberio, tirano como Caracalla, y mujeriego como Heliogábalo, Caracalla y Tiberio! [1]

VIII

EL CONSPIRADOR ;

“Ciudad de México, Enero 15 de 1878—Señor Lic. Don Sebastián Lerdo de Tejada.—Estimado amigo y Sr. Presidente: Después de tantas fatigas, sinsabores y quebrantos, hállome nueva-

[1] Y eso que el Sr. Lerdo ha muerto sin presenciar el apoteosis de ese pícaro, de ese pordiosero elevado sucesivamente á los puestos más encumbrados, millonario, condecorado con la cinta de la Legión de Honor autor erudito, etc, etc, etc.

!Una completa resurrección de Rocamboles!—Nota del corrector.

mente en el seno de mi familia y en el suelo de la patria. Héme retardado en escribirle [vd. me lo perdonará] por habérmelo impedido las expansiones propias del hogar, así como también la multitud de visitas que no me han dejado un solo instante de tregua para el reposo. ¡Qué grato es llorar en los brazos de la familia después de una larga ausencia! Agustina se arrojó á mi cuello sollozando, en tanto que mis hijitas, Carmen, Luisa y Sofía, empapan mis manos con sus lágrimas y sus besos! La pobre de Agustina está avejentada: las tribulaciones no han pasado impunemente por ella; en cuanto á Carmelita no obstante haber padecido un ataque de tifo en días pasados, la encuentro bonita y ya crecida: es toda una señorita, y si vd. la viera se la comería de ojos. Como ella ha sido siempre la favorita de vd., apenas pasadas las primeras efusiones filiales, me preguntó entre sonrisas y besos por vd., y quedó encantada con el delicado presente que vd. tuvo la bondad de darme para ella. Es una letrada consumada y odia con candor de virgen á Porfirio Díaz, que es quien ha causado todas nuestras desventuras. Estudiaba el inglés

con la esperanza de reunirse con nosotros en Nueva York. Está bordando unos pañuelitos para mandárselos á Ud., y tendría mucho gusto si vd. le escribiera. Excuso decirle que á pesar del celoso empeño de Agustina y su clara inteligencia para los negocios, he encontrado mis intereses algo trastornados: la Dirección de contribuciones que para muchos propietarios es indolente, con mis bienes ha sido apremiante y no ha omitido medios de hostilizarme. Así es que he llegado á tiempo: de permanecer un año más en el destierro, me hubieran dejado estas gentes en la calle. Por lo que á vd. respecta en este sentido, no hay nada alarmante que yo sepa: Don Macedonio Ibáñez, apoderado de las fincas de vd. en ésta, se maneja con entera honradez, y como es hombre ageno á la política, se le deja absoluta libertad de acción sin molestársele para nada.

La situación política del país no puede ser más tirante. la anarquía que al principio era incipiente, hoy ha tomado cuerpo en las filas tuxtepecanas, Justo Benítez, Tagle, Tiburcio Montiel, Ignacio Martínez, Cosío Pontones y otros, se

han segregado del núcleo porfirista: y sino en abierta, sí en sorda rebelión contra su jefe. Esos síntomas de disolución en el llamado bando tuxtepecano, reagrávanse con la penuria económica: se han dejado subsistentes los impuestos creados durante nuestra administración, y algunos, como el timbre, han sido duplicados. Y si las leyes fiscales se han derogado, las políticas, en cambio, se han empeorado: el sufragio que en nuestra época era imperfecto, en la presente se ha del todo suprimido. De manera que el vacío se ha hecho en derredor de la usurpación: sus secuaces le abandonan, las clases le desprecian y la clase media y el pueblo están dispuestos á derrocarlo.

¡Cuán diferente es la situación del partido constitucional! Homogéneo y compacto, no cede ni á la presión, ni al tiempo, ni á la miseria.

Fuera de unos cuantos, entre ellos el Sr. Balandrano, el espíritu de cuerpo se ha conservado intacto en el lerdismo, lo mismo en la capital que en los Estados. Prueba de ello, la recepción que se me ha hecho: nuestros amigos invaden mi casa todos los días, preguntándome con interés

noticias del ilustre ausente. Gochicoa, los hermanos Francisco y Telésforo Barroso, Pancho Mejía y Manuel Peniche, fueron á recibirme á la Estación. ¿Si viera vd como odian á Díaz y á su cuadrilla! A todos se les han ofrecido honrosas distinciones y puestos, que ellos han tenido la nobleza de rehusar con altiva indignación. El único que no me ha visitado—aunque dejó su tarjeta en casa—es el General Alatorre. ¿Será por que no se le comunicó nada respecto al negocio de F.....?

“Ha coincidido con mi llegada la aparición de El Republicano, y ésto ha dado márgen á que me atacara embezadamente La Libertad, periódico espléndidamente subvencionado por Díaz. Políticamente dirige ese diario Jorge Hámeken y Mejía, secretario íntimo del llamado Presidente. Eso me hace sospechar que éste impera y ordena esos ataques: y si lo hace es que me teme. Por su parte El Republicano no se queda corto, pues ya conoce vd los bríos con que hiere la pluma de José Negrete y otros muchachos de su temple. Es conveniente que vd. escriba á Ramón Guzmán para que proporcione á éstos algún dinero, pues

los vine hallar en un estado lamentable: son unos admirables instrumentos y juzgo que con poco dinero quedarían satisfechos. Poseyendo lo suficiente para disiparlo en sus vicios, los tendrémos sumisos á la disciplina y prestos para la embestida. Hago á vd: esta especial recomendación para que no suceda con ellos lo que con Bulnes, quien no teniendo suficiente money para rodar en las cantinas y mancebías, ha aceptado el nombramiento de Jefe de Hacienda en Cuernavaca. Hemos perdido una buena pluma por unos cuantos pesos, pues me dicen que por habersele rehusado cincuenta, se pasál porfirismo. El periódico Don Gregorito de Juan de D. Arias ha muerto por falta de subvencion; vino á pedírmela y yo se la rehusé, debiendo consagrar todos los fondos exclusivamente al Republicano. Villadita lo imprime, pero es un partidario tan original que cuando se le deja de pagar un número, se rehúsa imprimir el siguiente. No sé si se sostendrá con sus propias suscripciones; Agustín B. González que viene con frecuencia á pedirme dinero dice que sí: pero arguye que Peniche y Gochicoa se distribuyen amigablemente las utili-

dades. Como yo soy el punto de mira en estas cuestiones de fianza como en otras muchas tiene vd que mi casa es una de entrantes y salientes que ha concluído por llamar la atención del Jeje de la Policia, Coronel Ugalde.

"Pedro Baranda que acaba de llegar de Campeche, tuvo ayer una conferencia conmigo. Me informa que todas las poblaciones del Golfo están profundamente disgustadas con el actual orden de cosas: en Progreso estuvo á punto de estallar una asonada, pero abortó por falta de ún Jefe inteligente y de un plan preconcebido. En Mérida, Campeche y Veracruz, el descontento es muy significativo y han surgido periódicos que combaten duramente las falaces promesas del programa de Palo Blanco. Estos pueblos costeros, que tanto ayudaron á Díaz para la revolución, han sido cruelmente engañados en sus intereses materiales y políticos ideales. Especialmente en Veracruz la efervescencia es grande, y no se perdona á Don Porfirio los recientes asesinatos de Figuerero y otros; y ya hubiera aparecido allí la revolución, de haber otro jefe y no Terán, quien cuenta con muchas simpatías en

toda la linea que se extiende hasta al Papalotepam, El Sr. Baranda opina que Veracruz es el sitio más á propósito para sembrar, con esperanzas de fruto, la semilla de la restauración.

“Después de la visita de Baranda, estuvo en casa, un tal José María Castellanos, muy conocido en las cantinas de Plateros con el nombre de Pepe; este personaje, es diputado y uno de los policías secretos de Díaz; por supuesto que no le recibí, no obstante haber venido á verme tres veces consecutivas en el mismo día.

“Don Manuel Payno, está haciendo sus preparativos de marcha para Europa: en público dice que lleva una comisión financiera del Gobierno, aun cuando él, personalmente, me lo ha negado. Pero el Sr. Payno hay que creerle el contrario de lo que dice: recuerde vd de su vida como estudiante. En mi concepto todos sus actos me son sospechosos: me dice Agustín que en mi ausencia no se paró un solo día á visitarla no obstante haberme prometido á mi hermano cerlo con frecuencia, Refiérole este incidente por el encargo que me hizo vd. verbalmente nuestra separación. respecto á los cuadros, I

lo que toca á éstos, ha prometido entregármelos. Le escribiré á Ud. del resultado de mis gestiones

Nuestro amigo Ramón Guzmán está muy enfermo de una anemia cerebral, como resultado de una incesante tensión intelectual, los médicos le han aconsejado que viaje y que le dé de mano á los negocios; pero él ha rehusado constantemente con la esperanza de sanar. ¡Pobre Ramón! su enfermedad es la enfermedad moderna del amor al dinero: por mi parte, confieso á Ud que el adquirir fortuna para legar á mi familia va siendo mi constante preocupación. La familiar ¡que de errores, qué de debilidades y hasta crímenes se cometen por ella! Feliz vd, señor Leído, que no la tiene! La pasión de nosotros los que vamos siendo viejos es la del oro; sin embargo, yo prefiero el honor á todo el oro del mundo: Sobre todo quiero dejarle á mi familia un nombre inmaculado

Pero esta carta, Sr. presidente, va siendo bastante extensa; la finalizo aquí esperando en la siguiente darle mejores nuevas. Con el ardiente cariño de mi familia, reciba Ud la profunda é inalterable afección de su partidario y amigo.

Manuel R. Rubio.

* * *

Quien no conozca al Sr. Romero Rubio, lo juzgaría por esa carta un hombre sincero en su profesión de sé política, un hombre leal hacia sus deberes de compañerismo, un hombre immaculado en los sagrados vínculos de la familia, pero quien lo conoce desde la infancia —como yo lo conozco—no puede menos de compadecerlo:

Desi merece ó no compasión, dejo al criterio de mis lectores la filosofía que encierra la anécdota siguiente:

Uno de los estudiantes más pobres, cuando yo cursaba las aulas del colegio de San Gregorio, era Manuel Romero Rubio: su padre era un infeliz rebocero de Puebla que con dos—entonces llamados telares—soportaba una numerosa familia.

El anciano rebocero se quitaba el pan de la boca, como suele decirse, para sostener al estudiante ¿Por cuánto tiempo duró la abnegación de ese padre? Yo no sabría decirlo: veíalo yo al padre, año por año, á las puertas de San Gregorio, embozado en un zarape, como un mendigo,

esperando que el hijo saliera de cátedra para abrazarlo. Este, que lo divisaba desde el interior y avergonzándose de reconocerlo, se escurría por otra puerta, dejando al pobre rebocero, horas y horas inmóvil y triste, fumando cigarrillo tras cigarrillo, esperándole inútilmente hasta que el portero, Pancho, le daba con las puertas en la cara.....

LO CONOCIDO ES ESTRECHO
LO POSIBLE ES INMENSO....

IX.

En Octubre de 1878 cambié mi domicilio del Hotel Windsor al 720 de la Quinta Avenida, casa conocida por Lénox House y administrada por una señora francesa paralítica, como la suegra, de Teresa Raquin de Zolá, pero que atendía á sus quehaceres impulsada en un sillón por una corriente eléctrica, especialmente preparada para ella por Mr. Edison. Una alcoba, una salita. un

cuarto de baño —he aquí á lo que ha quedado o reducida la habitación del último de los Lerdos

Una de las ventanas cae para la celebrada y aristocrática Avenida, y la otra, para la calle 13 [13] — por la que circulan mujerzuelas libres, á millares desde las primeras horas de la noche.

En esta casa se han alojado todos los personajes furtivos de Centro y Sur América: en ella vivieron, cuando eran pobres y proscritos, D. Rufino Barrios y Guzmán Blanco, allá por el año de 63

Nó me disgusta el silencio claustral de la morada, lo que si no puede agradarme es la seriedad fúnebre de sus moradores: ¡vaya una fisonomía sepulcral! Si me ven reír, son capaces de lincharme

—Sr. Lerdo, ésto para Ud.

Ah! ah! una cajita de palo de rosa y una carta.....

“Ciudad de México, Octubre 5 de 78 —Sr. Lic Sebastián Lerdo de Tejada, Querido papá Lerdo

El mes de Julio pasado cumplí dieciseis años
¿Cuán triste fué el día de mi santo? Ninguna de mis amiguitas de colegio, con excepción de Lola Gomez Parada, se acordó de mí. Qué

diferencia de cuando Papá era ministro de vd entonces recibía muchas flores, muchas, hasta rellena una almohada de raso con ellas; Mamá me dice que vendrán otros tiempos mejores, que los días más radiantes son precedidos de las más grandes sombras; quiera Dios que así sea! Luisa está medicinándose y probablemente todos los de la familia iremos á Puebla para que ella tome los baños sulfurosos que le han aconsejado los medicos, pues dicen que con ellos desaparecerá el tumor blanco de la pierna que tanto la ha hecho sufrir.

¡Como deseo que vuelva vd pronto á México!

Conoce vd ya todas mis confidencias aun aquellas que no me he atrevido a confiar ni á mamá misma, la posición que yo guardo á este respecto es tristísima, y recurro á vd nuevamente para que me ilumine y aconseje, Sabe vd. que en este año debía haberme casado con Pepe Negrete. y así lo acordaron entre vd, mi Papá, y el Sr. D. Pedro Celestino. Esta unión, que los dos tanto hemos deseado, no se verificará este año y mucho me temo que ni en el siguiente Papá es muy bueno y no pone obstáculo á nues-

tro amor; lo único que dice, y tiene razón, es que Pepe no tiene aún una carrera definida. Es abogado; pero ¿de qué le sirve la profesión si no hay nadie que le proteja? Porque Papá ha perdido toda su influencia y no puede hacer nada por él. Como periodista mucho menos: los escritores están muy desprestigiados aquí y no pueden ganar lo necesario para mantener decentemente una familia. Y no puedo vivir sin él, es un pedazo de mi alma! El otro día lloré mucho toda la noche, porque cuando él vino á verme noté que venía algo trastornado por el vino. Esto me horrorizó y he prometido á la virgen del Cármen ayunar durante tres días para que no vuelva á suceder esta horrible cosa. Me ha urado no volverlo hacer, pero yo he perdido mi tranquilidad y no me siento bien de salud. Mamá, viéndome ojerosa y triste, se haya inquieta y apesurada; pero yo no puedo decirle la causa de mi quebranto. Aconséjeme vd. á mí y escríbale á él: yo quiero quitarlo de las malas compañías: no podía vd llamarlo á Nueva York?"

"La otra noche tuve una pesadilla horrorosa, soñé que, vestida de novia y ya en camino para

el templo, apareció una nube que, deshaciéndose en tempestad, dejó escapar un rayo que fulminó á Pepe, quien iba á mi lado sonriéndome con inefable ternura, como reímos los dos cuando nos sentimos dichosamente solos. Asilo con mis brazos, sostuve su cabeza, que se desplomaba sobre mi seno; más ay! de improviso, Pepe se transformó en un negro atlético, y yo, nueva Desdémona me sentía ahogar por los brazos de aquel monstruo. ¿No le parece á vd. mi sueño terriblemente extravagante?

"El Domingo pasado fuimos en coche al bosque de Chapultepec: de regreso estuvimos á punto de ser víctimas de una desgracia. Las mulas—por que papá vendió su tronco de caballos en virtud de sus afflictivas circunstancias—se espantaron y solo debimos nuestra salvación á la valentía del cochero. ¿No le parecen á vd. de mal agüero todas estas cosas?

Le mando á vd. una docena de pañuelitos marcados con mi propia mano. Pidiendo á Dios por volver á verlo, se despide de vd su amiguita de corazón.

CARMEN ROMERO RUBIO"

Dios! ¡Dios! Pobre chiquilla! Y realmente quise como una hija.....

* * *

Por el mismo correo recibí esta otra carta, un carácter opuesto á la anterior:

“Veracruz, Octubre 1^o de 1878.—Sr. D. Sebastián Lerdo de Tejada.—Muy distinguido amigo: le escribo á vd. la presente por conducto del médico de bordo; es un hombre honrado, puede vd. confiarle á él todas las suyas. Nuestros asuntos marchan viento en popa; me he puesto á hablar con Jaime Rodríguez y Capmany; y los otros están dispuestos para *hacerse á la vela* en el momento requerido. El primero es dueño de un pailebot y el segundo de una goleta, ámbos en buenas condiciones para el *abordaje*. Si el *canazo* revienta para el año próximo tengo la seguridad de que esos marinos *tocarán tierra* si soplan los buenos vientos que esperamos. Capmany es pariente de nosotros y quiere á Joaquin como las niñas de sus ojos; respondo por él de todo por todo. Respecto á Rodríguez aunque

inspira la misma confianza, es un poco avanzado y quiere que la turbonada aparezca por barlovento: A fines del mes pasado lo despaché á México para que conferenciara con nuestros amigos, y vuelve muy entusiasmado, especialmente con M. P. [Manuel Peniche] de quien dice que es un yucateco más fuerte que la resaca. De los otros no habla muy bien, particularmente de G. [Gochicoa] á quien llama un viejo petral, pájaro marino que se lanza á la pesca cuando hay tempestades. Los dos Rodríguez y Capmany, cuentan con numerosas simpatías y amigos en todo el Golfo. Todos los patrones de los puertos, lo mismo que los boteros, y cargadores de los muelles, están dispuestos á remar contra la corriente. No sería malo que vd. les escribiera una carta [sin comprometerse] para comunicarles más entusiasmo y decisión. He sondeado al Coronel B. de guarnición en Progreso; pero por más que solté cordelaje no encontré fondo; allí debe haber un peligroso arrecife y es preciso que lo sepan así todos nuestros buzos. Por lo que toca á Campeche nada tengo que decirle: lo que hacen los Baranda, bien ó mal hecho, hecho se queda. Abrigo

temores de N... dé una campanada en la ciudad de México así, creo prudente que se ponga un vigía en el palo de trinquete; de otra manera corremos el riesgo de encallar.

“Iría yo á Nueva York sino fuera por la proximidad del invierno, y la recaída reciente de un acceso de gota: no obstante, si el buque se va á pique cuente vd., con qué, si fuere necesario, arribaré á nado á esas frías playas.

Le manda una marejada de abrazos su invariable partidario y fidelísimo amigo

PEDRO BARANDA”

Hombre! hombre! esa carta está oliendo á marisco

—Espinoza!

—Señor Lerdo!

—Vaya vd. á traerme una docena de ostiones!

EL CASCABEL DEL GATO

X.

Tres cosas no deben hacerse, por ser en extremo peligrosas—decía el bufón de Francisco I:—ponerle un cascabel á un gato, provocar los celos

de una mujer, é incurrir en el odio de un déspota

Instintivamente, mis partidarios del año de 79 habian observado la parte final de esa máxima: eran enemigos declarados del Sr: Díaz, pero enemigos pacíficos, de esos que circulan en las calles de Platero, conspirando y cobrando sueldo los unos, conajirando y queriendo cobrar sueldos los otros.

Así, cuando en ese año sangriento de 1879 se trató de llevar á la práctica lo que habia sido hasta entonces una teoría revolucionaria, los instigadores del movimiento querían permanecer en la sombra, empujando desde ella hácia las boyetas porfiristas á los infelices á quienes se llama gráficamente carne de cañón. Cuando los señores Romero Rubio, Baranda y Gochicoa me escribían apareciendo como los jefes de una conspiración por estallar, creí que ellos la encabezarian, si no militarmente, si asumiendo la responsabilidad política para con ello dar prestigio á la restauración; ¡cual no sería pues, mi sorpresa al recibir los pormenores de esa conspiración! y ¡cual no mi furor y sentimiento, sabedor de su trágico desenlace!

El día 1º de Junio, á las nueve de la noche se reunían en la casa de Romero Rubio, las personas siguientes: Manuel Peniche, Gochicoa Pancho Mejía, Agustín González, Hernández y Hernández, Francisco y Telésforo Barroso, Villada y un Sr. gordo, [1] de Chihuahua, de cuyo nombre no puedo acordarme. J. José Baz protestó diplomáticamente una indisposición para no asistir, y algunos otros lerdistas se excusaron: como mejor pudieron. Presidía la junta el Sr. Romero Rubio: después de una ligera perorata en la que campeaban los más lisonjeros conceptos de mi personalidad, el orador manifestó la conveniencia de una revolución y expuso los medios para consumarla. Estos eran sencillísimos casi infantiles en el criterio del Sr. Romero Rubio, apoderarse de uno ó dos cuarteles, sublevarlos y marchar sobre Palacio, aprehender al Sr. Díaz y sus ministros y colgarlos de los balcones

[1] Ese Señor á que se refiere el Sr. Lerdo no puede ser otro que un Sr. Gómez del Campo muy amigo al presente del cojo Pacheco.— Nota del corrector.

Concluyó su arenga con estas terribles palabras —Y quienes más aptos para consumir ese hecho glorioso, que los dos bizarros militares que me escuchan: el temerario general Pedro Baranda y el no menos valeroso coronel Vicente Villada?

Los favorecidos declinaron inmediatamente esa distinción: el Sr Baranda estuvo oportuno al replicar que para dar un golpe semejante, debían emplearse jóvenes sedientos de gloria, dejando á los viejos el cuidado de dirigir las operaciones entre bastidores. Finalizó proponiendo que como "Ballón D'Essal", se diera el golpe en Veracruz.

El Sr Manuel Peniche pidió la palabra para introducir entre los conjurados al joven yucateco Dr Albert Hernández partidario ardiente de la restauración, era éste un joven de 30 años moreno, melancólico de aspecto y soñador por temperamento como todos los yucatecos; gustaba de la política más que de cualquiera otra ciencia. Decían los murmuradores que el Dr Albert era hijo natural de Manuel Peniche; yo creo lo por que había algunos rasgos de semejanza entre el padre y el hijo.

"Esta clase de jóvenes necesita la patria—"di-

jo el Sr. Baranda—presentándole:

Verdad: ella, esa patria, tenía y tiene necesidad de esa clase de neófitos, de ese género de proselititas que ven en la política un apostolado y en el apostolado un martirio: Albert Hernández, en aquella cónclave de viejos corrompidos, solo ve venerables sacerdotes, oficiando por la causa de la libertad. De ver aquellos corazones gangrenados por el odio, la avaricia y el egoísmo, el joven yucateco habría retrocedido horrorizado. ¡Cuanto cierto es que la atmósfera que se respira influye en la lucidez del pensamiento! A otro espíritu menos levantado y novelero pero más práctico, se le habría ocurrido reflexionar:—Si estos señores tienen la persuasión del triunfo, ¿por qué no me acompañan los más expertos, para hacerlo de factible, un hecho infalible?"

A veces pienso, la responsabilidad histórica será más grave para los que empujaron á las víctimas hacia el matadero, que para los verdugos mismos; porque la sangre de la siniestra noche del 24 de Junio, salpica de un modo indeleble así á Terán y á Porfirio Díaz como á Romero Rubio y comparsa. No existe jurisprudencia humana ni

divina que absuelva á los unos y condene á los otros; si no hubo crimen como se esforzaron en probarlo las apologistas del 24 de Junio: entonces los únicos culpables son los instigadores,

Del conciliábulo á que antes me he referido. el Dr Albert Hernández salió intoxicado de entusiasmo: según lo que había oído y se le había dicho y asegurado, todos los cuerpos de la guarnición de Veracruz se sublevarían cuando él se pusiera en contacto con la oficialidad; el populacho se uniría á los sublevados, y en menos tiempo que canta un gallo, el triunfo más glorioso coronaría sus esfuerzos.

Los conspiradores, si tal nombre puede darse á una reunión]de vergonzantes burócratas, ardían en fuego revolucionario, pero ninguno osaba declararse enemigo abierto del Dictador. Todos querían sacar la castaña con la mano del gato, y el más ansioso por devorarla, parecía ser el Sr Romero Rubio, pero exponerse ellos al peligro, eso no; ¿acaso no estaban cargados de años y de familia? El único solterón era y continua siendo el Sr. Baranda; pero el Sr. Baranda no es pródigo de su vida ¡que digo pródigo! es sórdidamen-

te avaro de ella. y si el Gral campechano es medroso como una mujer al solo olor de la pólvora y Villada es un valiente al revés ha dicho que nunca carga una arma temeroso de matar al primero que encuentre en una calle. Es un militar que en vez de poner la mejilla como Cristo, airado de un enemigo, suele poner la espalda... y la parte donde Sancho solía recibir molimientos. Gochicoa, Peniche, los Barroso..... todos querían alimentarse con sangre á semejanza del Hand de Island de Victor Hugo, pero beberla dulcemente mezclada con el chocolate del presupuesto... Ellos permanecerían quietecitos en sus casas leyendo los periódicos de la mañana al suave calor de las sábanas, mientras tanto, allá abajo, en Veracruz, un grupo de hombres de corazón, de verdaderos hombres de corazón; morían atrozmente asesinados como perros rabiosos.

Cuando se propuso al General Alatorre que acaudillara el movimiento, él declinó la honra juzgando el proyecto como insensato en aquellos momentos y más aún no habiendo una previa ratificación en los Estados. Idéntica oferta se hizo al Gral Negrete, y no obstante que este señor

medita muy poco en las consecuencias de un acto primo, también rechazó la peligrosa distinción con que se le honrara. Por fin desesperaban ya de encontrar dóciles instrumentos, cuando la desgracia se los ofreció tal como los querían, y leales como los marinos Rodríguez y Capmany, valientes como Ouelo é Ituarte, inexpertos como Albert Hernández.....

El día 22 de Junio de 1879, el joven Dr. Albert Heruández salía de México con rumbo al puerto de Veracruz; un mozo del Sr. Romero Rubio llevó su equipaje á la estación: y en coche cerrado fuéronle á acompañar Manuel Peniche y Francisco de Paula Gochicoa.

Era entonces Ministro de la Guerra el General Don Manuel González, y comenzaba a ser amigo del Ministro por esa época Don Pedro Baranda. Nada hay aquí de censurable para este último; bien podia ser amigo en lo privado de aquel, y seguir en la profesión de sus doctrinas políticas. El Sr. Baranda tenía el derecho de ser lerdista, pero no lo tenía para ser á la vez un gonzalista, ¿Procedió como un delator? no quiero creerlo: pero Don Pedro, al entrar González á la

presidencia, fué nombrado Senador, después jefe de una Zona y últimamente colmado de honores. Para las gentes malévolas cabe aquí la hipótesis de una traición. Pero según mi juicio, solo es el resultado de una indiscreción

El Sr. Corl. Villada, otro de los miembros activos del complot, estaba en una situación de relativa miseria, días antes del 25 de Junio: después de esa fecha terrible, es decir, á mediados de Julio, el Sr. Coronel Villada había invertido más de tres mil pesos en mejorar su imprenta, había pagado todas sus deudas, y por último, levantando la hipoteca de cinco mil pesos que gravitaba sobre la casa de su suegro. Provenía esa riqueza inesperada del pago de una delación, ó fué simplemente el resultado de una especulación financiera?.....Se le vió á él también en la casa del General González dos días antes de la tragedia de Veracruz.....

Oficialmente y con posterioridad, se ha reconocido como delator al Sr. Don Julio H. González; pero este Sr. me escribió á Nueva York diciendo que él no había hecho mas de confirmar lo que aquellos habían revelado en presencia de

Balandrano y del General González.

Yo no quito ni pongo traidor: dejo á mis lectores que con su sano criterio, ageno á todo odio político, condenen ó absuelvan de toda culpa á esos tres desdichados: el uno ha muerto ya minado por los remordimientos, los otros dos están ahora en el apogeo de la privanza, aunque minados físicamente. El Sr. Villada tiene el hígado ulcerado y loca á su anciana esposa; y el Señor Baranda sufre los mortales latigazos de la gota.

Veracruz es una ciudad muy poco hospitalaria sea por su población flotante, que de continuo se remueve, sea por el carácter especial de los veracruzanos, el caso es que la gente es inhospitalaria. Cuando encuentran á un amigo fuereño en las calles de Veracruz, le ofrecen calurosamente su casa, sus servicios, el oro y el moro finalmente Agotada toda la retórica veracruzana concluyen por decirle á uno políticamente:—"El Hotel fulano es delicioso: ¡que frescura de habitaciones ¡qué baratura de precios!"—De aquí que el Dr. Hernández que parecía conocer al dedillo á mis paisanos se dirigiera resueltamente á la casa de

su amigo y condiscipulo el Dr. Barbachano apenas descendiera del tren. Se fué derecho al bulto y le dijo: "Me has ofrecido tu casa, pero no quiero abusar de esa oferta: vengo á vivir unos dias á ella por que no me conviene posarme en un hotel; pero ha de ser con la condición [de no ofenderte] de que aceptarás un precio." Después de alguna suave violencia Barbachano convino en la proposición y Albert quedó instalado en la casa como miembro de la familia.

Varios telegramas cifrados habían precedido al infortunado Dr. Hernández: ¿cual era el contenido de esos despachos, procedentes unos del Ministerio de la Guerra, y otros de la Presidencia? El enviado del comité le dio en la confianza de la juventud, abandonó toda prudencia y fué á visitar en pleno dia y á bordo de su barco al marino Capmany; brindó públicamente á su salud en el restaurant de un hotel; cometió por fin otras muchachadas del mismo jéner, y las cuales ponian de manifiesto lo inofensivo de su carácter. Un Sr. Zayas y Enriquez le seguía en pista en calidad de esbirro de Terán; el Dr. Barbachano, lo delató ante el gobierno; violando las

sagradas leyes de la hospitalidad [Por qué no se le aprehendió durante el día 24 desbaratando así la más platónica de las sediciones? Hay que leer el capítulo siguiente para conocer en toda su horrenda desauidez el crimen monstruoso del 25 de Junio,

EL HOMBRE -:- EL CRIMEN.

XI.

Awake awake!
Ring the alarm bell:
murder and treason!
MACBETH-Act. 2o,

Balanceando el cuerpo, colgantes los brazos é inclinada la cabeza, así anda Luis Mier y Terán: su estatura es elevada, pero más carnosa que musculosa, la cara es llena, enérgica, viril, la mirada bondadosa, franca: recta. Es una de esas fisonomías que carecen de juego escénico: nada

oculta ni disimula. Se ven cruzar sus pensamientos, al través de su frente, como al través de la agua.

Por desgracia, las ideas no deben ser muy abundantes en ese cerebro: las paredes del cráneo que por lo regular se estrechan al descender al cerebro, en el Sr Terán se oprimen de tal suerte, que obstruyen la dilatación y expansión de la materia gris. ¿Es una naturaleza rudimentaria ó bien la evolución de la especie ha producido en ella, un efecto descendente?

Una vez en la barra de Tampico, que está infestada de tiburones, hizo zozobrar un bote en que iban dos de sus amigos, para tener el gusto de salvarles después la vida.

En otra ocasión, de viaje para Nueva Orleans, obligó al capitán del buque á detener la máquina, para tener el gusto de pescar.

Innumerables extravagancias podrían referirse á ese tenor, un centenar de locuras semejantes que confirman la perturbación de esa incompleta inteligencia. Mas para qué? si otras no hubiera; creo sería bastante con la diabólica del

25 DE JUNIO para meterlo en la camisa de fuerza de la historia. ¡Pobre loco! el verdadero asesino del cañ maldito, se llama Porfirio Díaz. Descuida; no bajarás solo á la tumba en tu manto ensangrentado, sino que arrastrarás contigo á Porfirio Díaz, á él, único y odioso culpable!.....

Luis Mier y Terán no tiene derecho al nombre que lleva: se llama Luis Domínguez. Mozo de estribo de un Sr. Mier y Terán, en Orizaba, allá por 1854, muerto ó desaparecido éste, su mozo Domínguez, reapareció en Veracruz en 1860 con el nombre que hoy lleva. Trabajó como botero, cargador de los muelles y por último capataz de trabajadores: por su energía los patrones lo querían; por su valor y bondad, sus compañeros le estimaban y temían. Cuando la intervención francesa, se alistó como guerrillero é hizo sus proezas; restaurada la República en 67, torno al puerto de Veracruz, reasumió sus labores de capataz, y llegó á ser el hombre más populachero del Golfo. Porfirio Díaz, que tiene como la serpiente, el don de fascinar á ciertos imbéciles arrastró á Terán del lado de Tuxtepec. La fidelidad que en los organismos inferiores es terri-

blemente sumisa, en el organismo de Terán degeneró en bestial: ya no era sumisión de hombre a hombre, sino de perro á amo. Sentíase dicho el desdichado idiota en lamer aquella mano empapada en sangre: luego, dado el estado patológico de Terán, encontrábase en aptitud para cometer cualquier magna locura. Lo que en ese espíritu embrionario hubiera de generoso y humano, se ofuscaría desde el momento en que se tratara de obedecer. Ofuscado la noche del 24 sólo quedó funcionando la ferocidad instintiva de la hiena.....

* * *

Si desolado y triste es durante el día, por la noche Veracruz es lóbrego: uno que otro farolillo alimentado con aceite, ilumina á trechos, débilmente, paredes amarillas comidas por la acción salitrosa del aire; conservando algunas de ellas todavía los agujeros que hicieron las balas de los soldados del General Scott. La mar allí á dos pasos, se hincha y truena: dentro del mar y á algunos centenares de metros, la masa infome-

del llamado Castillo de San Juan de Ulua, levántase en las tinieblas apenas disipadas por la luz intermitente de su faro. Nada más lóbrego y sombrío que ese paisaje: el mar semeja un sudario: la tierra parece un cementerio. En esas noches de Junio no hay brisa ni estrella: el cielo está cubierto de nubes, el suelo con densos vapores. El escenario es trágico; como la escena que en él se representa entre la noche del 24 que termina y la madrugada del 25 de Junio que comienza

Por una escueta callejuela desemboca un pelotón de soldados: sus bayonetas despiden reflejos acerados. En el centro se destaca una forma blanca: es la de un hombre descalzo y en paños menores! Se marcha sigilosa aunque velozmente el preso—porque es un preso el que llevan los soldados—interroga ansiosamente, ya á éstos que no le responden, ya al oficial que le responde con evasivas.

—¡Por Dios santo! á donde me llevan, capitán? gimió casi el miserable:

—Al cuartel del 23, Doctor, respondió el mi-

litar, hondamente conmovido.

—¿Pero me permitirán, llegando, mandar por mi ropa y por mi catre?

El capitán volvió la cara sin contestarle, diciendo muy bajo al sargento:

—¡Y piensa el desgraciado, dormir! si; el sueño eterno.....

Al aproximarse al cuartel se oyó una descarga de fusilería: el Dr. Albert Hernández—porque era él—comenzó á temblar, y poseído del terror de la muerte, gritaba:

—Oh! me van á matar! á matar! á matar!

La puerta del cuartel estaba abierta de par en par: los soldados estaban sobre las armas y muchos de ellos con los ojos encendidos por la embriaguez. Se les habia dado una ración de aguardiente para convertirlos en verdugos Cuando la escolta que conducia al Dr. Albert hubo penetrado, otro pelotón se acercaba en dirección opuesta con el bravo marino Jaime Rodríguez también en ropa de cama.

Adentro, el cuadro no podía ser mas pavoroso: formábanlo un patio de muros elevados, enlozado y estrecho: á la izquierda y en el fondo, monto-

nes de estiércol en activa descomposición. Una compañía de soldados, formada en ángulo recto, carga y descarga las armas, por secciones, á la voz de un comandante: en el centro yacen tres cadáveres revolcándose todavía en la caliente sangre: son los de Cueto, Ituarte y Gutiérrez. No hay más luz que la reflejada por cuatro linternas: Terán lleva la una en la mano izquierda, teniendo en la derecha la humeante pistola, que acaba de descargar en el oído de Ituarte. La claridad de las linternas riela en los charcos de sangre, dejando envueltos en la penumbra á los actores de aquella tremenda hecatombe. Albert Hernández aparece á ese tiempo: al verle, Terán con delirio salvaje, lanzóse hácia él y cogiéndolo por el hombro lo empuja brutalmente.

—¡Ah! ¿es vd, Doctorcito?

Y dirigiéndose á los soldados, vociferó:

—Ahora á este cristianos, Carguen!

El malhadado joven se asió de las rodillas de Terán implorando misericordia: el vértigo del miedo le hizo prorrumpir en frases inconexas y apóstrofes insensatos Terán, hombre corpulento, desasíóse de aquellos brazos convulsivos

que le impedían moverse, haciendo rodar á su víctima sobre las luzas; luego, apártandose rápidamente del sitio de la ejecución, fué á colocarse entre los soldados. Cuando Albert se levantó y se vió rodeado de rifles que le apuntaban, y con tres cáda-veres a sus piés, corrió ya enloquecido chapoteando con sus piés desnudos la caliente sangre de sus amigos, y arañando las paredes que en su terror pretendía saltar..... Sonó una descarga, y Albert Hernández cayó de espaldas rebotando su cabeza en el duro suelo. Levantóse aún sobre las rodillas con los pulmones desgarrados y los intestinos colgando: [las balas eran de gran calibre] otra descarga lo hizo caer desplomado con la cara para tierra, [1] No se levantó más.

—Venga otro!

Jaime Rodríguez se adelantó: marino de un valor indomable y de una generosidad proverbial en Veracruz era muy querido de todos y aun de

[1] Todos esos detalles débolos á la bondad del oficial G. que asistió á la matanza y que actualmente se halla en Nueva York.

mismo Terán. Rodríguez no ofreció el espectáculo enervante del Dr. Albert, Por el contrario, encarándose con el verdugo, dijole con inapaeible acento:

—“Te creía un hombre, pero no eres más que un cobarde el más cobarde de los cobardes!”

—Cristiano! fusilaria á mi madre si EL me lo mandara! [1] ¿Estás listo?

—Déjame escribir unas líneas, con lápiz, para mi familia:

—Ni un minuto más; ¡adentro!

Y Terán quiso arrojarle bruscamente dentro del cuadro; pero el marino, más fuerte y sereno dióle una tremenda bofetada, colocándose él mismo en la trayectoria de las balas.

—Fuegol rugió Terán.

Jaime Rodríguez se doblegó, y cubriéndose con las dos manos el clareado pecho, por donde se escapaba la sangre á borbotones, pudo lanzar todavía este súpero apóstrofe.

—¡¡¡Miserable asesino! maldito seas!!!

[1] Se refiere al telegrama de Díaz de MATALOS EN CALIENTE.

Momentos después nueve cadáveres yacían en el pavimento: la sangre corría hasta empapar los piés de los soldados. La pálida luz del alba entraba timidamente, y en rayos lívidos, en aquel lúgubre recinto, de donde acababa de salir la muerte. Se tenía vergüenza de que el sol iluminara la horrenda carnicería: era preciso enterrar los cadáveres y lavar la sangre antes del toque de diana. Del machero se sacaron dos mulas todavía medrosas por el ruido de las descargas unciéndolas al carro de basura: y el carro se empezó á llenar de cadáveres en funebre confusión, destilando sangre y materia cerebral. ¡ pronto á la calle, al cementerio! El día se había echado encima, el mar comenzaba á sacudir su ropaje de niebla, y el vuelo pesado de los zopilotes y el canto lejano de los pescadores, anunciaban la aparición del astro resplandeciente. Las mulas que tiran del carro apenas pueden: ¡ pesan tanto los muertos! Los perros vagamundos que desinfectan á Veracruz han husmeado el deguello: primero es uno: después dos; al llegar al cementario es ya una jauría que va tras el carro, lamiendo la sangre que escurre y devo-

radpo los sesos que á trochos se escapan y caen, disputándose los á mordiscos.....los perros..... he ahí el cortejo fúnebre que llevó al cementerio á los últimos Lerdistas.....
¡Dios mio! ¡cuan ricos nos hacen los muertos.....

EL PEQUEÑO MOTOR DE LA GRAN EVOLUCION

XII

No se oreaba todavía la sangre vertida en Veracruz cuando una noche (la del 17 de Enero de 1881) mi valet de chambre Espinosa me introdujo casi furtivamente una tarjeta así concebida:

Lic. Jorge Hámeken y Mejía,

Diputado.

México, calle de Y, Núm. 10.

—Hombre! hombre! este México tiene diez mi

llones de habitantes y todos viven, y todos son licenciados. ¡Espinosal!

—Señor.....

—Dígale á ese señor, cuando venga, que estoy visible. (Diputaditos á mí á estas horas!).....

Hábame causado tal repugnancia la hecatombe de Veracruz, y mas aún la indiferencia con que la habian dejado impune mis valientes con-ciudadanos, que francamente no quería oír nombrar ni menos pronunciar el nombre de México. Para que un pueblo permaneciera impasible después de recibir en la faz el salvaje sangriento de un tiranuelo, necesario es que hubiese muerto cuando no invilecidose: si, porque las atrocidades del 25 de Junio son de aquellas que se cometen, no contra un partido y sus partidarios, sino contra una nación y sus nacionales. El hombre que mandaba matar mexicanos como perros rabiosos, era que consideraba á los mexicanos como perros, ó á los perros como mexicanos. Esto es lógico: y para que vds vean más claro, voy á referirles la fábula de las Hormigas y la Culebra de La Fontaine.

Un pueblo de hormigas trabajaba por vadear un arroyo y no lo podía conseguir: todos sus trabajos de zapa se estrellaban ánte la dureza del granito. Celebróse una junta deliberadora en el hormiguero, y una hormiga muy ladina discurrió que se propusiera á una culebra, que tenían de vecina, les sirviera de puente mientras ellas pasaban, recompensándole su trabajo con mantenerla toda la vida. Se aplaudió la ingeniosa idea, nombrándose al acto una comisión que se acercara á su Señoría con tan extraña petición. Ella escuchó atentamente y dijo que aceptaba en todo y por todo la oferta, tanto más gustosa cuanto que se iba haciendo vieja y le era la vida muy dura. Cerrado el pacto; la culebra se extendió de un extremo al otro del arroyuelo: y sobre su lomo pasó á millares todo el hormiguero: desde el día siguiente, la vida del reptil se deslizó en perezosa abundancia: las hormigas proveían á su despensa con toda clase de manjares. Pero he aquí que un día, saciada de tan múltiples y diversos platillos, quiso probar el sabor de la carne de hormiga, y zas.....se engalló me dia docena de una lengüetada. Nunca lo hubiera

hecho! apenas cometido el homicidio, todo el pueblo insectívoro, levantándose como una sola hormiga y picando como un millón echóse sobre la serpiente, la que fué devorada en un abrir y cerrar de ojos....

Más dejémonos de símiles animales, que ni vds. son hormigas, ni el Sr. Díaz es culebra, ni siquiera cocodrilo; pero en verdad os digo, que llegará un día, queridos ausentes, en que muchos de vds sean azotados desnudos en las plazas públicas.

* * *

Una frígida tarde del siguiente mes de Febrero hallábame yo encerrado en mi estudio con los pies arrimados al fuego y el pensamiento vagando en los espacios: había olvidado ya el incidente del Sr. Hámeken, considerándome dichoso con evocar ideas de una forma menos ingrata. ¿En qué meditaba? me ruborizo al confesarlo meditaba en las mujeres..... Ellas!Bál..... Si los patos salvaron al Capitolio, una mujer perdió á Troya. Oh! Troya, ciudad sagrada de Priamo, tú caíste por la falta de una mujer! ¿Quien arrasó á Marco Antonio en su ruina? ¿Quien hizo

asesinar á Marro Tulio Cicerón? ¿Quién pidió la cabeza de San Juan Bastista? ¿Quien fué la causa de la mutilación de Abelardo? ¿Quién?

—Te, too, toco.

—No cabe duda que llaman á mi puerta.....

—Adentro

Era el Sr, Hámeken

Fué la primera y última vez que tuve la honra de verle y de tratarle: era un joven de regular estatura, con la barba negra y partida, la nariz afilada, los ojos cafés vivos y penetrantes como saetas, la frente grande y bien delineada y el conjunto en extremo simpático. En lo intelectual era lo que se llam un "bel esprit", de inagotable gracia y fecundo en la conversación: yo había leído algunas de sus producciones en el Federalista, pero me cautivó más como caseur que como escritor. ¿Por qué ese hombre tan elevado moralmente había descendido hasta partidario del Sr Díaz?

Viendo que sería inevitable hablar algo de política, quise al mal paso darle prisa, y preguntéle de improviso:

—Con que ya tienen U des un nuevo presiden.